

La Revolución Mexicana desde el punto de vista de los revolucionados

Luis González

La Revolución Mexicana es un conjunto de acciones, que arranca de 1910, al cual algunos intelectuales marxistas le niegan el carácter de revolución, y la *vox populi*, el carácter de mexicano. En este terreno lo único indiscutido es la fecha inicial. Nadie califica de inexacta la celebración del septuagésimo quinto aniversario del inicio de la gran revuelta en este 1985. Se discute mucho el año del acabose. Según los voceros del grupo en el poder, el cierre de la Revolución no llega todavía y está aún lejano. Para los que ven el fenómeno con ojos de cineasta, la épica revolucionaria, emocionante por destructiva, se derrumba al promulgarse el texto constitucional de 1917. Quienes consideran como meollo del suceso las reformas agraria, laboral, eclesiástica y nacionalizadora, ven su muerte de cisne, su último grito, en la expropiación petrolera de 1938. Otros aseguran que la mató Alemán en 1946; otros, que el puntillazo se lo dio Díaz Ordaz en 1968. Para los fines de este ensayo se ha escogido 1940 como fecha terminal.

Quienes dicen que revoluciones sólo son la rusa, la china, la cubana y la nicaragüense, la de México no lo es ni pretendió serlo. En lo político, dispuso el traslado a París de un presidente de la República que no atinaba a bajarse por las buenas de la silla del poder supremo, pero no se deshizo de la estructura política imperante desde la Reforma liberal. En lo económico, propugnó por una economía mixta, pero nunca quiso convertirse en administradora única de empresas.

Reformó el régimen de propiedad y las relaciones laborales sin desdoro de los parvifundistas y de las prácticas propias del capitalismo. No pretendió deshacer los usos liberales, que sí restringir abusos. En lo cultural no fue de ningún modo ruptura con el pasado inmediato. Se mantuvo firme en el propósito de modernizar a México en los sectores de la economía, la participación y la cultura. En lo tocante a valores éticos, estéticos, científicos, filosóficos y religiosos, la llamada oficialmente Revolución Mexicana no quiso romper con el Porfiriato, y por lo mismo, mantuvo la política cultural de los científicos, por cierto hostile a las tradiciones culturales de México. Se opuso, como la Reforma, a entrar en compendios con los valores culturales del pueblo.

Si se llama mexicano el conjunto de usos y costumbres de la mayoría de los habitantes de México, la Revolución no puede recibir el mismo epíteto. Los caudillos de la Revolución, salvo Villa y Zapata, rehusaban compartir los valores culturales de la gran mayoría de la población y más aún el estilo de cultura de alguna de las cien minorías étnicas. Los insurgentes de 1910 no pensaban como la parte mayoritaria del país. Indudablemente la insurrección a la que llama Madero se da en todos los estados de la República, pero únicamente en los del norte de modo claro. El grupo insurgente que derrumbó al dictador Díaz fue apenas el uno por millar del haber demográfico de México. El maderista fue un movimiento de algunos pequeñoburgueses. Aunque

fue mayor el número de personas que hicieron armas contra la dictadura de Huerta, no llegaron al cinco por millar. Por otra parte, la mayoría de la minoría sublevada fue súbdita de los dos caudillos que de ninguna manera representaban la ortodoxia de los gananciosos. Ni Villa ni Zapata, quienes podían ser aspirantes al título de líderes de Juan Pueblo, fueron los triunfadores de la rebelión. En resumidas cuentas, el grupo que se hizo del poder a partir de 1917, el de la párvula clase media, nunca fue verdaderamente revolucionario, sólo reformista, y jamás dejó de ser la voluntad de unos cuantos. Por tales razones, la Revolución es apenas revolucionaria y mexicana. Con todo, produjo el escándalo del siglo, y como tal sigue siendo argumento de muchas historias.

Sobre el complejo llamado Revolución Mexicana existe un material histórico abundantísimo. Esto se ve muy a las claras en el *Handbook of Latin American Studies* en donde Stanley R. Ross estuvo informando de las publicaciones relativas a tal contienda al través de varios años. También se puede advertir lo torrencial de tal literatura histórica en *Fuentes de la Revolución Mexicana*, cuya serie sobre "artículos" es también obra de Ross. Un tercer testimonio del torrente historiográfico a que nos referimos lo da la *Bibliografía Histórica Mexicana* que desde 1956 publica El Colegio de México. No cabe duda que el asunto de la Revolución Mexicana es un manantial que no cesa de inspirar volúmenes, artículos, videocartuchos y películas, hechos, en su gran mayoría, desde

El mirador de los revolucionarios,

que no desde el punto de vista de árbitros académicos, "contras" y gente común. Desde su nacimiento, las peripecias de la vida revolucionaria

fueron difundidas por crónicas periodísticas que durante el primer lustro de la Revolución se mostraron desfavorables a la lucha maderista. El antiguo régimen mantuvo en pie su ejército y sus medios de información hasta 1914. Como es bien sabido, Madero no tuvo buena prensa mientras recorría la República como candidato presidencial ni tampoco durante la lucha. No hizo nada por ganarse la venia de los periodistas cuando fue presidente, y sus seguidores no pudieron conquistar los periódicos durante la dictadura contrarrevolucionaria de Huerta.

En 1914, por los Tratados de Teoloyucan, se licencia al ejército de Porfirio Díaz, y sin ningún convenio, se esconde o se atenúa la información hostil al proceso revolucionario. De entonces para acá, la mayoría de las crónicas periodísticas toman el partido de la trifulca, y dentro de ella, el del constitucionalismo. El grupo intelectual de la élite revolucionaria irrumpe en la mayor parte de las páginas de la prensa periódica y no fue parco en piropos para los hombres y los hechos de la hora. Desde los días de Carranza, los diarios y las revistas semanales prodigan, además de reportajes de la acción cotidiana de signo oficial y revolucionario, relaciones breves de méritos y servicios de quienes capitaneaban la contienda.

Algunos no se contentaron con dar a conocer sus hazañas en las hojas efímeras de periódicos y revistas. El general Alvaro Obregón no quiso ser menos que Hernán Cortés y produjo sus *Ocho mil kilómetros en campaña*, equiparable a las *Cartas de relación* del extremeño del siglo XVI. Entre 1917 y 1940 tomaron el camino autobiográfico y autopanegírico del sonoreense, Pedro J. Almada, Félix Palavicini, Alberto Pani, José Rubén Romero y José Vasconcelos. De los autobiógrafos del cuarenta para acá, sobresalen Amado Aguirre, Alfredo Breceda, Lázaro Cárdenas, Federico Cervantes, Andrés Figueroa, Adolfo

de la Huerta, Emilio Portes Gil, Jorge Prieto Laurens y Francisco L. Urquiza. Junto a esta manera autobiográfica de encomiar la lucha creció el modo biográfico de ver la caída del "pérfido" Díaz y sus "malvados" científicos y el ascenso al poder de los capitanes revolucionarios. Todavía no cesa el alud de biografías encomiásticas sobre los Flores Magón, Madero, Villa, Zapata, Carranza, Obregón, Calles y Cárdenas, así como de los héroes secundarios.

También forman legión dentro de esta historia recordada, memorialística y laudatoria los libros de sucesos militares e intrigas políticas, propiciados por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución y otros órganos oficiales. Han sido difundidas las obras de Florencio Barrera Fuentes, Isidro Fabela, Juan Gualberto Amaya, Diego Arenas Guzmán, Alberto Calzadías, Eduardo Luquín, Miguel Sánchez Lanego, Alfonso Taracena, Juan Barragán, Juan Manuel Torrea, Jesús Romero Flores y José C. Valadez, el mayor de todos.

Las obras histórico-prorrevolucionarias que se basan en recuerdos de protagonistas y cuya objetividad nadie está dispuesto a defender, suman centenares.

Al irse desgranando la mazorca revolucionaria disminuye la cosecha de epopeyas escritas por veteranos de la Revolución, por adalides y a la vez narradores de sucesos acaecidos en el periodo 1910-1940. Con todo, la historia reverencial, conmemorativa de los personajes difuntos, siguió dándose en los discursos del 20 de noviembre, en artículos de diario y revista y aun en volúmenes celebratorios de los aniversarios de las hazañas cumbres de la Revolución. En pos de los caídos vienen autores que no se apartan de la imagen oficial de la lucha. Personas ajenas a los tiroteos y las correrías de los años diez y a los acaeceres reformistas del veinte al cuarenta, gente que dis-

fruta de lo establecido por los veteranos, produce abundantes historias apegadas al dogma oficial, historias con información poco creíble y mucho olor a incienso. Quizá la obra más representativa de la especie sea la que sale con el rótulo de *Cincuenta años de Revolución Mexicana*, más conocida bajo el nombre irónico de *Cincuenta años de felicidad mexicana*.

Con todo, lo predominante en los últimos veinticinco años ha sido una nueva concepción revolucionaria, obra de propios y extraños, pero siempre de historiadores profesionales. Recuérdese que a partir de 1940, El Colegio de México y la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM comenzaron a formar investigadores de la historia mexicana. Por las mismas fechas creció en los Estados Unidos el interés por historiar profesionalmente lo que Ross llamó la revolución preferida por el gobierno yanqui. La creciente preferencia externa y la creciente seriedad interna de los estudios históricos han conducido a un análisis múltiple del pasado inmediato de México desde

El mirador de los científicos,

de los practicantes de las ciencias del hombre que alardean de objetividad, paciencia y neutralidad y que viven encastillados en los institutos de investigación de universidades extranjeras y nacionales, o en institutos autónomos como los del sistema Colmex, que desde la fundación del Colegio de Michoacán, tienden a ser muchos, muy profesionales y un poco heterodoxos. Lo cierto es que desde mediados del siglo se vigoriza una Clío académica de tres caras (la historicista, la positivista y la marxista), una historiografía monográfica, carente de vibraciones oratorias, que produce, entre otros, libros tan vastos como la *Historia de la Revolución Mexicana*, en veinti-



trés volúmenes, con pie de imprenta de El Colegio de México, y numerosos artículos distribuidos por revistas tan serias como *Historia Mexicana*.

La historia nueva se ha apartado de los enfoques puramente políticos y biográficos de la Revolución. En los nuevos libros ha dejado de escucharse el fragor de las batallas; no se dice mayor cosa de las intrigas palaciegas, y en algunos de ellos se vuelven un número los hombres que la historia partidista esculpió en bronce. En las historizaciones de Héctor Aguilar Camín, Barry Carr, Arnaldo Córdova, Charles Cumberland, José Fuentes Mares, Moisés González Navarro, Federico Katz, Enrique Krauze, los tres Meyer (Jean, Lorenzo y

Michael), Robert Quirk, Stanley Ross, Ramón Eduardo Ruiz, Peter D. Smith, Berta Ulloa y John Womack se diluyen las poses arrogantes de los héroes y los poderosos. La historia-batalla le cede el trono a la historia-cocina. La preocupación por lo económico amengua el interés en las historias militar y política. También se cuelan en la nueva historia los asuntos de índole social y cultural. Hoy la Revolución Mexicana es vista por el lado de sus ideas por Octavio Paz, Abelardo Villegas, Luis Villoro y Leopoldo Zea; por el de la plástica, al través de las obras de Justino Fernández, Raquel Tibol y Luis Cardoza; por el religioso, en algunos libros de José Bravo Ugarte, Jean Meyer y Alicia Olivera.

La historia de la Revolución que se autonombra sería rechaza lo más posible la retahíla de noticias, condena lo anecdótico, desprecia los hechos efímeros y relampagueantes y se complace en la consideración de las estructuras. Rehuye el chisme y la narración de acontecimientos. Pretende mirar el bosque del pasado inmediato de México sin dejar fuera ninguna clase de árbol o matojo, pero a bastante distancia, desde un divisadero donde no es posible la contemplación placentera de las hojas y las flores, salvo un trío de excepciones.

Por lo demás, la historia de los profesionales no se queda en el cuento de estructuras. Casi siempre se enreda en explicaciones. Como instrumento explicativo se usa generalmente una filosofía especulativa de la historia. Por ejemplo, Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly, Pablo González Casanova y Juan Felipe Leal aclaran el proceso revolucionario de México con la doctrina del materialismo histórico. El enfoque marxista es sin duda el más persistente, pero no el único. En gracia a la brevedad, omito la mención de otros cuerpos teóricos al servicio de la historiografía que estudia el pasado reciente de México. Por

otra parte, aquí importa poco averiguar las fuentes ideológicas de los historiadores de la Revolución de nivel universitario. Es más importante saber de dónde extraen sus noticias y sentirse acerca de la vida mexicana del periodo 1910-1940.

Los científicos de la historia suelen, dicen, ver como al pardear las biografías y autobiografías revolucionarias. Su formación los conduce a los manuscritos de los archivos y los impresos raros de las bibliotecas. Muchos de ellos se regodean con las estadísticas y toda clase de papeles pictóricos de números. Son pan cotidiano las quejas contra las anécdotas de la gente menuda y las alabanzas a las fuentes estadísticas, y en general a todo lo conservado en archivos, museos y bibliotecas. Junto a eso crece el interés por la llamada historia oral, por los testimonios de la lucha que se recogen en sonograbadora o en videocartucho. De hecho, se dan varias corrientes, opiniones encontradas, sobre la mejor manera de documentar nuestro conocimiento de la Revolución. Con todo, y pese a lo que se dice, la historia académica suele formular sus juicios acerca del primer tercio de este siglo en base a los puntos de vista de los revolucionarios sin tomar mayormente en cuenta la historia de la Revolución vista desde

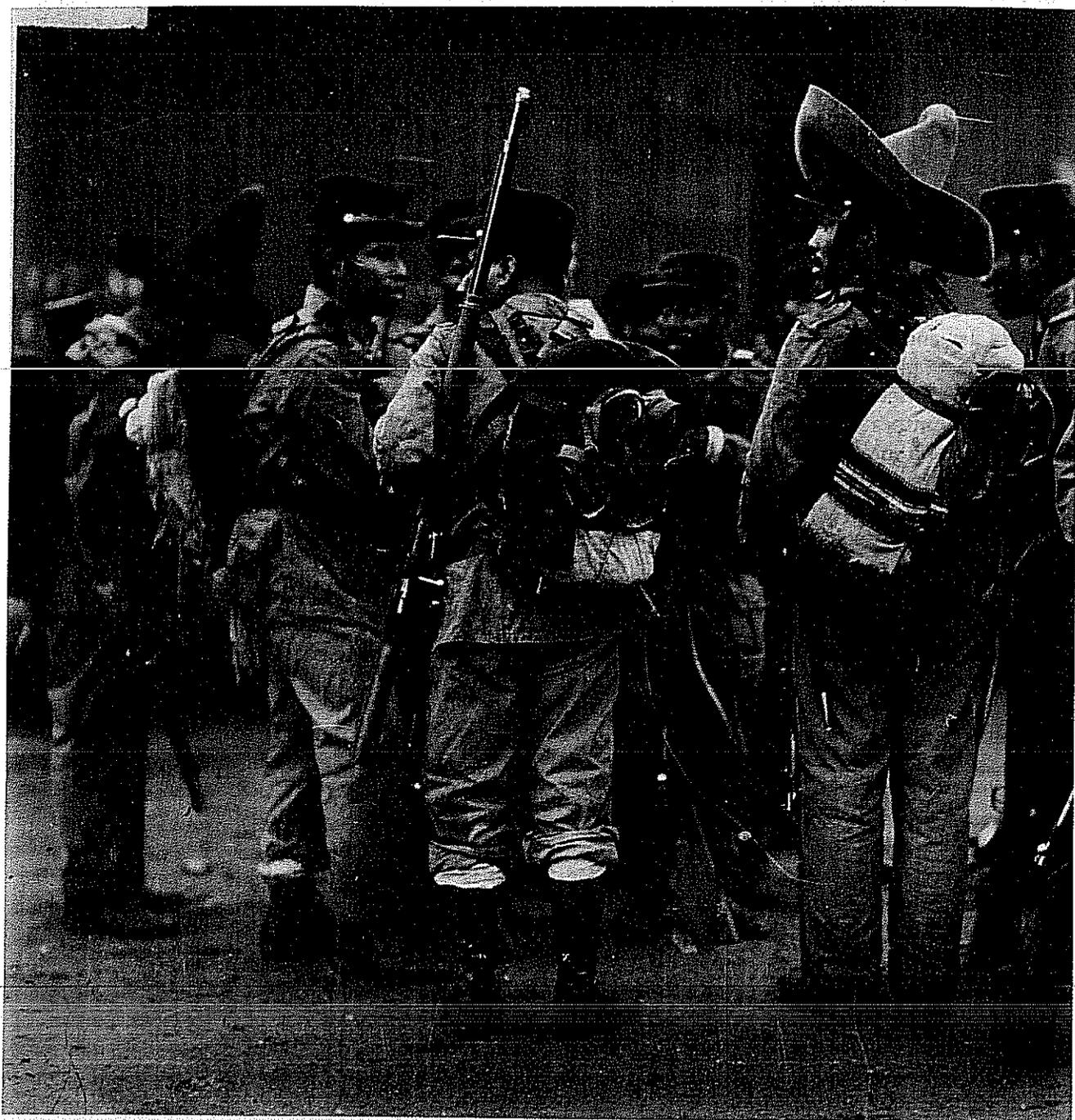
El mirador de los revolucionados

que fueron la mayoría de los habitantes de México entre 1910 y 1940. Basta ojear las bibliografías finales de los libros de historia académica para percatarse de la utilización de un material que de dientes para afuera se maldice: las crónicas aparecidas en los periódicos de los hacedores de la Revolución, y sobre todo, las publicaciones biográficas y las memorias de tales hombres. Todavía más: algunos investigadores van a ver y oír a mu-

chos veteranos que no escribieron sus recuerdos para que los digan delante de una grabadora. En cambio es muy infrecuente el uso de pruebas y noticias oriundas de las personas sólo revolucionadas.

Ciertamente el testimonio popular sobre la etapa trepidante de México no es fácil de adquirir. Los periódicos rara vez le han permitido el acceso a sus páginas a los puntos de vista de la gente humilde. La historia recordada por el pueblo raso pocas veces atrae el interés de los reporteros. En esa línea, son excepción Jean Meyer y Víctor Ceja Reyes que han puesto por escrito y publicado muchos testimonios de insurgentes contra la dictadura anticatólica de Plutarco Elías Calles. Tampoco los eruditos que se dedican a la hechura de compilaciones documentales suelen aportar los testimonios que permitan reconstruir la visión de los vencidos. Sin embargo, aquí también se da lo insólito; en este caso, el archivo de la palabra del Instituto Nacional de Antropología e Historia, del INAH.

La historia sentida por los revolucionados está en oferta para los historiadores profesionales en algunas novelas y en un tipo de literatura que los académicos no suelen frecuentar: la historia pueblerina, que se produce con cierta abundancia, en lo que va del siglo, en todos los rincones de México. Salvo las excepciones en que esa Cífo menuda trata de ser como la oficial o como la académica en su modalidad generalizadora, recoge la conciencia del pueblo, el sentir y el saber popular acerca de su pasado, las observaciones de cada comuna sobre lo acontecido allí y en el contorno. Ya sobrepasaron la cifra de mil los volúmenes de microhistoria mexicana, la gran mayoría atestados de fallas técnicas. Acaba de agregarse a esa mole disímbola de relaciones pueblerinas un conjunto de respuestas a una invitación lanzada por el Museo de Culturas Populares.



Este invitó a todo mundo a escribir sobre el tema de "Mi pueblo durante la Revolución", y propuso premio para los treinta trabajos mejores. Algunos de los textos concursantes contienen los recuerdos escritos o dictados por personas octogenarias que les tocó vivir la época violenta de la Revolución; otros la memoria de sesentones que vieron con sus ojos la etapa reformista de los veinte y los treinta, y otros, los resultados de la indagación de personas de aspecto juvenil sobre la presencia de hombres de armas y de teodolitos en su pueblo.

En suma, ya es posible leer testimonios válidos de la mayoría revolucionada que se puso las manos sobre la cabeza al producirse los estallidos bélicos y oratorios de la década de los diez. Ya no sólo se tienen disponibles las memorias y alegatos de quienes encendieron la mecha. Ya se pueden aprovechar, si se manejan con sabiduría crítica, los sentires de quienes recibieron las quemaduras o de los que quedaron como estaban. Como quiera, aún se requiere una larga tarea de barbecho para oír con nitidez la *vox populi* en el juicio que se sigue a la Revolución después de setenta y cinco años de haberse puesto en obra.

Hasta ahora lo que se entreoje de la confusa voz de algunos millones de revolucionados testigos de la acción de algunos millares de revolucionarios, se puede resumir en diez puntos.

1) La gran mayoría del pueblo nunca logra una imagen global de la Revolución Mexicana. El común de la gente percibe distintas acciones revolucionarias en el espacio y en el tiempo. Mejor dicho: por lo que se refiere al espacio, los más de los mexicanos —al fin y al cabo analfabetas y todavía muy lejos de los radios de transistores— supieron poco de lo que no pasó en su año y su terruño. Para casi toda la gente las diferencias regionales cuentan mucho. Se olvidan con fre-

cuencia las andanzas de los grandes jefes; los más recuerdan las fechorías de cabecillas locales o de ejércitos numerosos que caían como mangas de langosta en su pequeño mundo. En Michoacán, un capitán de bandidos, Inés Chávez García, queda en el recuerdo colectivo como el hombre que tipifica la peor forma de conducta revolucionaria.

2) La memoria de la gente del pueblo municipal y confuso suele distinguir muchas "revoluciones" desde la de Madero. Se habla con mucha naturalidad de la revolución del chaparrito del norte, la revolución de los carranclanes, la revolución de Villa, la revolución de Zapata, la revolución de Chávez o su equivalente en otros puntos, la revolución obregonista, la revolución delahuertista, la revolución de Escobar, la revolución cristera, la revolución de Cedillo y no sé cuántas más. Como quiera, no a todas se les tiene en el mismo grado de estima o desestima. La maderista dejó buenos recuerdos cuando no indiferencia.

3) La etapa que suscita rememoraciones más vivas y dolorosas es la de 1913-1917. Aquel lustro fue para los revolucionarios de grandes hazañas y heroicidades, y para los revolucionados, de crímenes atroces, robos, secuestros, difuntos colgantes, mujeres violadas e imágenes religiosas desposeídas de sus "milagros" y sus dijes. La gente que se autonombra "pacífica", la gran mayoría de la gente, tanto la rústica como la urbana, recuerda con "chinitos" en el cuerpo los años cruciales de la Revolución. De aquel lustro de tantas revoluciones, quemazones, colgazonas, balaceras y sacrilegios, se rememora con subido horror el año de 1915, el año del hambre. El Dr. Manuel Servín escribe: "si pudiera sintetizar en pocas palabras el recuerdo que la Revolución dejó para siempre en la mente de mi madre fue el del hambre y la muerte, tomados de la mano".

4) La promulgación de la Carta Magna de 1917 no ocupa ningún espacio en la historia recordada por la mayoría de la gente, pero al personaje de Carranza y a sus corifeos se les evoca como "los carranclanes" y epónimos del verbo carrancear, que quiere decir algo así como sustraer lo ajeno. Para una población mayoritariamente católica, la actitud irreverente de algunos jefes carrancistas ante curas e imágenes de santos, produjo retortijones, hizo ver la presencia del Diabre, la introducción del Diablo en el cuerpo de los seguidores de Barbastenango.

5) Los zapatistas fueron especialmente mal recibidos en la ciudad de México. Como quiera, un viejecito de la metrópoli se acordaba en 1984 que "los zapatistas abrían las tiendas a culatazos; tomaban una parte del maíz para sus necesidades y repartían el resto a la gente". De los zapatistas quedó el recuerdo doble de ser bárbaros y al mismo tiempo generosos con los pobres. Además, tanto ellos como los villistas se encomendaban a Dios y a los santos y eran incapaces de cometer robos sacrílegos.

6) Quizá los únicos caudillos revolucionarios de los que se ha mantenido una buena memoria en amplios círculos populares sean Madero y Villa. La fama de delincuente de Pancho Villa surge de la élite revolucionaria, no de la voz del pueblo, sobre todo del pueblo de la mitad sur de la República. Supongo que a los villistas se les recuerda con cariño por ser hostiles a los carranclanes, por haber vapuleado a los güeros y por ser simpatizadores de los padrecitos y las prácticas religiosas.

7) La inquina contra la Iglesia Católica de los gobiernos de Obregón, Calles y Portes Gil parece ser la causa mayor del poco aprecio popular para la época jacobina de nuestra lucha. Quienes ahora cumplen de setenta a ochenta años de edad en los pueblos de Michoacán, Jalisco y Colima recuerdan

que en los veintes los villanos fueron Obregón, Calles y el "gobierno", y los héroes los mártires de Cristo Rey. Curiosamente el recuerdo popular ha borrado las brutalidades cometidas en nombre de Cristo por los cristeros. Desde el punto de vista de los revolucionados la cristiada fue buena o por lo menos perdonable.

8) El agrarismo que llegó a su plenitud en los días del presidente Cárdenas dejó en general buenos recuerdos entre los campesinos pobres y malos entre los parvi y latifundistas. Estos últimos han querido dejar una imagen deformada del general Lázaro Cárdenas. Con todo, nadie ha podido despojar al último presidente de la Revolución del reconocimiento mayoritario del pueblo. La historia recordada por la gente del común se complace en el episodio de la expulsión del Jefe Máximo, conseguido sin derramamiento de sangre; en el reparto al por mayor de las haciendas; en la reapertura del culto católico; en los mítines multitudinarios, y sobre todo en las grandes manifestaciones con que se apoya la medida más popular del proceso revolucionario, la expropiación de los bienes de las compañías petroleras.

9) Los revolucionados nunca vieron con buenos ojos la etapa violenta de la Revolución, el decenio 1911-1920, dízque por:

Haberse visto cosas muy duras
en esas revoluciones:
estropicios, quemazones,
golpizas y colgaduras.

Tampoco le perdonarán a Obregón y Calles la persecución religiosa. El pueblo comenzaba a tomarle gusto a la tan cacareada Revolución cuando se le puso un hasta aquí a raíz del conflicto petrolero de 1938. Por lo menos así se deduce de los fragmentos de historia oral y de historia pueblerina de que se dispone, no obstan-

te que se trata de una historia muy contaminada por la escuela y los medios oficiales de comunicación.

10) No podemos incurrir en la ingenuidad de creer que la historia recordada de los revolucionados, y en definitiva de la mayor parte de la gente de México que vivió las décadas de los diez, veinte y treinta, no se ha dejado influir por el concepto oficial de la Revolución que se enseña en los diversos niveles escolares, en la prensa



periódica, en la radio y en la televisión. En algunos casos se fusionan el discurso histórico del gobierno y la memoria colectiva; en otros simplemente se yuxtaponen. Quizá en ningún momento la tesis oficial ha borrado la certidumbre del pueblo.

Aunque las anteriores notas son meramente provisionales, no invalidan la tesis de que la Revolución Mexicana ha sido contemplada de manera muy diferente por el recuerdo histórico de los revolucionarios o la clase media que asume el poder en México a partir de 1911, por la historia exquisita de los académicos o la crema universitaria y por la memoria de los revolucionados o el pueblo municipal y espeso. También se mantiene la afirmación que la historiografía académica, árbitro en la contienda de los "perfumados" y la gente rasa, ha oído con la atención el punto de vista de aquéllos y hasta ahora ha escuchado muy poco a la memoria colectiva. La historiografía culta se ha dejado conducir por el discurso histórico oficial. Hasta se ha aceptado la satanización hecha por los revolucionarios en el poder del recuerdo histórico de los revolucionados. Se dice de éste que carece de espontaneidad, que es simple reflejo de las tesis reaccionarias de curas y aristócratas. Se confunde bajo el mismo anatema la literatura histórico-conservadora y el recuerdo de las mayorías.

Con todo, es enorme la diferencia entre lo memorizado por las atribuladas familias decentes que noveló Mariano Azuela y los recuerdos de la gente beneficiada con las reformas de la propiedad de la tierra y del trabajo en talleres y fábricas. Sólo la mente confusa encierra en el mismo casillero las historias pueblerinas y los libros sobre la Revolución hechos por autores resentidos, por contrarrevolucionarios de las dos aristocracias y los dos cleros.

